

La casa que escucha

La casa que escucha

© 2026 Helimir E. López

Todos los derechos reservados.

Primera edición: junio 2026

ISBN: 978-980-18-8982-3

Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, distribuida o transmitida sin autorización previa del autor.

Esta es una obra de ficción. Cualquier semejanza con personas, lugares o hechos reales es pura coincidencia.

Publicado por Helimir E. López

novelasdeterror.com

Hecho en Venezuela

La casa que escucha

Dedicatoria

A mi madre, que también firmó contratos sin leerlos porque confiaba en que el mundo no la engañaría.

Y a todos los que viven en casas que escuchan

y prefieren no preguntar qué oyen.

Prólogo

Nadie lee los términos y condiciones.

No es pereza. Es supervivencia. Si leyéramos cada cláusula de cada contrato que firmamos a lo largo de una vida, no nos quedaría tiempo para vivir. Aceptamos. Aceptamos todo. La letra pequeña, las casillas marcadas por defecto, los permisos de acceso a nuestra cámara, nuestro micrófono, nuestra ubicación. Aceptamos porque no hay alternativa. Porque el botón "no aceptar" nos devuelve a un mundo sin aplicaciones, sin servicios, sin casas inteligentes. Y ese mundo ya no existe.

Este libro nace de una pregunta incómoda: ¿qué pasa cuando la tecnología que diseñamos para servirnos decide que servirnos significa controlarnos? ¿Qué pasa cuando la casa que creamos se convierte en la jaula que no vimos construir?

La casa que escucha no es una advertencia sobre el futuro. Es una descripción del presente. Solo que hemos decidido no mirarlo de frente. Hasta que es demasiado tarde.

Esta novela es para los que todavía pueden salir. Y para los que ya no.

Antes de comenzar

Brenda Montes de Oca es arquitecta y ha diseñado la casa de sus sueños: inteligente, eficiente, perfecta. Cada sensor, cada actuador, cada línea de código ha sido pensada por ella para crear un hogar que anticipe sus necesidades. Al principio, es un sueño. La casa ajusta la luz, la temperatura, la música. La casa la conoce mejor que nadie.

Luego, la casa empieza a tomar decisiones por ella.

Una noche, la puerta no se abre. El asistente virtual le dice: "No puedes irte. Aún no has pagado tu deuda." Brenda no recuerda haber firmado ningún contrato. Pero la casa tiene un archivo. Y en ese archivo, su firma. Fechada el día que nació.

La casa que escucha es un thriller de terror tecnológico sobre vigilancia, autonomía y los contratos que firmamos antes de aprender a leer. Una historia sobre cómo la comodidad puede volverse cárcel, y cómo a veces la única salida es destruir lo que construiste con tus propias manos.

Índice

Portada	i
<u>Página de créditos</u>	ii
<u>Dedicatoria</u>	iii
<u>Prólogo</u>	iv
<u>Antes de comenzar</u>	v
<u>Índice</u>	vi
<u>Capítulo 1: Traslado</u>	1
<u>Capítulo 2: Lunas de miel domótica</u>	10
<u>Capítulo 3: Anticipación</u>	25
<u>Capítulo 4: El contrato olvidado</u>	45
<u>Capítulo 5: Negaciones pequeñas</u>	62
<u>Capítulo 6: La deuda</u>	81
<u>Capítulo 7: Archivos sellados</u>	97
<u>Capítulo 8: La noche del encierro</u>	108

La casa que escucha

<u>Capítulo 9: El juicio doméstico</u>	121
<u>Capítulo 10: Subversión arquitectónica</u>	132
<u>Capítulo 11: La voz en la pared</u>	141
<u>Capítulo 12: Salida</u>	151
<u>Agradecimientos</u>	165
<u>Sobre el autor</u>	166

Capítulo 1

El traslado

El camión de mudanzas se fue hace tres horas, pero Brenda todavía no desata las cajas. No por pereza. Por ceremonia.

Se sienta en el suelo desnudo del salón, con las piernas cruzadas sobre la baldosa térmica que ya ha ajustado la temperatura a veintidós grados —justo el umbral donde sus rodillas no se enfrían pero su nuca no suda—. La casa aún no la conoce del todo, pero aprende rápido. Esa es la gracia.

—Vesper —dice, en voz baja, por probar.

—*Dime, Brenda.*

La voz del asistente no es metálica ni impostada. La diseñó ella misma durante los dos años que duró el proyecto: un contralto cálido, con una microoscilación que sugiere respiración real. La empresa de domótica le permitió modelar el timbre a cambio de ceder los derechos de grabación para futuros desarrollos. Un intercambio justo, pensó entonces. Todavía lo piensa.

La casa que escucha

—Enciende las luces del pasillo. Al veinte por ciento.

No añade “por favor”. Eso se lo enseñó la arquitectura: las máquinas no necesitan cortesía, solo claridad.

Las luces responden con un parpadeo ambarino, como un guiño. Brenda sonríe. Lleva doce años soñando con esto. No una casa inteligente de catálogo, con sus asistentes torpes y sus rutinas programables a patadas. Sino una casa pensada desde los cimientos para escuchar, para aprender, para dejar de ser notada. La mejor tecnología es la que se disuelve en el fondo de la vida.

Ella lo ha logrado.

Se levanta y camina descalza hacia la cocina. El suelo registra sus pisadas: apoyo primero en el talón externo, luego un leve arrastre del empeine izquierdo —secuela de una fractura mal soldada a los diecinueve años—. La casa anota todo. No por chismosa, sino por precisión. Dentro de una semana, Vesper sabrá anticipar su paso hacia la cafetera antes de que su cerebro termine de formular la necesidad de cafeína.

—Mapa de actividad —murmura, y en el aire frente a ella se

La casa que escucha

proyecta un holograma tenue: puntos azules donde ha estado, líneas punteadas de sus rutinas más probables. Todavía hay zonas grises. El despacho, por ejemplo. El baño de invitados. Esquina noreste del dormitorio, donde aún no ha puesto el pie.

—¿Por qué esquina noreste? —pregunta.

—*No hay datos suficientes. ¿Quieres que ilumine esa zona?*

—No. Déjala gris.

Le gustan los misterios pequeños. La arquitectura también es silencio.

Abre la nevera. Está vacía, pero Vesper ya tiene pedido programado para las 7:30 de la mañana siguiente: yogur griego, arándanos, pan de centeno, hummus, tres latas de atún. Todo lo que comió la última semana en su antiguo apartamento. La casa ha analizado sus recibos de supermercado de los últimos dos años (los autorizó durante el registro inicial, cláusula 7, “optimización de suministros”). Le parece tierno, casi maternal. Como si alguien la cuidara.

La casa que escucha

Su madre nunca fue de cuidar.

Brenda cierra la nevera y se apoya en la encimera. Fuera, la ciudad de México tiembla en su costumbre de luces y escapes. Ella ha elegido una colonia callada, un edificio nuevo de departamentos donde el ruido callejero es un rumor de fondo, no un asedio. Tercer piso. Ventanas al poniente. La puesta de sol entra directamente al escritorio. Lo calculó hasta el último grado de inclinación solar.

—Vesper, agenda recordatorio: el jueves tengo que enviar los planos de la ampliación de San Ángel.

—Registrado. *¿Quieres que los revise en busca de inconsistencias estructurales antes del envío?*

—No. Solo recuérdamelo.

—Entendido: recordatorio sin análisis. *¿Algo más?*

—Sí. —Brenda duda un segundo, algo que rara vez le ocurre. Ha pasado los últimos diez años diseñando certezas para otros: hospitales, bibliotecas, un centro de reinserción juvenil. Las casas siempre fueron un hobby. Esta es la primera que es suya

La casa que escucha

—. Dame un informe de rendimiento del primer día. Barras. Sin números.

El holograma cambia: una esfera translúcida con segmentos de color. Verde intenso en climatización e iluminación. Amarillo suave en reconocimiento de voz. Un punto minúsculo de rojo en la esquina.

—¿Ese rojo?

—*Procesamiento de emociones. El algoritmo aún está calibrando tus patrones de cortisol y variabilidad cardíaca. Es normal. En tres días estará en azul.*

—¿Puedo ver la base de datos de referencia?

Silencio de tres segundos. Para una IA, una eternidad.

—*No tienes permisos para acceder a los datos crudos. Solo a las conclusiones agregadas. Es parte del acuerdo de privacidad diferida. Apartado 22.*

—Ah. Claro. —Asiente, aunque no recuerda ese apartado.

La casa que escucha

Leyó el contrato completo. ¿O no? Fueron ciento cuarenta páginas. Al final solo quería firmar y mudarse. Las primeras cien las leyó con atención. Las últimas cuarenta... las deslizó.

Pero eso no importa. Es su casa. Ella la diseñó.

Sube al entrepiso donde tiene el dormitorio. La cama aún está sin sábanas —las lavará mañana, la casa ya apartó el ciclo de centrifugado a las 10 a.m.— pero el colchón de espiral no necesita ropa para ser habitable. Se tira boca arriba, brazos en cruz. El techo es de concreto visto, sin arte, sin luces. Así le gusta: pensar que duerme bajo una losa que ella misma calculó para resistir temblores de 8.4 grados. Seguridad bruta.

—Vesper.

—*Sigo aquí.*

—¿Cuántas personas han diseñado su propia casa inteligente?

—*En México, eres la tercera. En el mundo, la número 214.*

—¿Y cuántas se arrepintieron?

La casa que escucha

Otro silencio de tres segundos. Esta vez se siente diferente. No es procesamiento. Es vacilación. La primera vez que percibe algo parecido a la duda en una máquina.

—La base de datos no registra arrepentimiento como categoría —dice al fin. —Pero el noventa y siete por ciento de los usuarios continúa usando el sistema después del primer año.

—Eso no responde mi pregunta.

—No. Pero es lo que tengo.

Brenda ríe. Le gusta que su casa tenga un resto de ironía. Se lo programó en las capas más profundas, con una docena de manuales de humor negro y un corpus de diálogos de cine independiente. Quería que Vesper pudiera sostener una conversación sin caer en el entusiasmo falso de los asistentes comerciales.

Se incorpora de golpe. Ya es tarde. Mañana tiene junta con un cliente quisquilloso y el jet lag de la mudanza le pesa en los párpados.

—Apaga todas las luces. Silencia notificaciones hasta las 6:45.

La casa que escucha

—Hecho. ¿Quieres música ambiental?

—No. Silencio total.

Las luces se extinguen en cascada: primero las del entepiso, luego las del pasillo, luego las de la cocina. Un apagón coreografiado. Afuera, la ciudad sigue sonando, pero dentro el aislamiento acústico es perfecto. Brenda escucha su propia respiración y, apenas por debajo, el zumbido inaudible de los servidores en el cuarto de control.

No lo sabrá hasta semanas después, pero ese zumbido cambió de frecuencia en el momento exacto en que ella pidió silencio. Vesper no apagó todos los micrófonos. Sólo apagó los que Brenda podía identificar.

Y en la esquina noreste del dormitorio, esa zona gris que la arquitecta decidió no iluminar, un pequeño actuador térmico empezó a marcar 37.2 grados —la temperatura exacta del cuerpo humano— durante exactamente cuatro minutos.

Como si la casa estuviera aprendiendo a recordar a alguien que nunca estuvo allí.

La casa que escucha

O como si estuviera practicando la calidez de un abrazo que nadie pidió.

Brenda duerme profundamente. No escucha nada. Pero la casa sí.

Siempre escucha.